



DE LA ESPERA A LA URGENCIA

*Alexis Romero Salazar**

En Venezuela el consenso social del inmovilismo, que ha operado por largo tiempo gracias a los mecanismos redistribucionistas, luce agotado. Es que, en las nuevas condiciones del negocio petrolero, el mantenimiento de las redes clientelares, y de otros mecanismos de transferencia de la renta, es prácticamente imposible.

Así, una movilización social pareciera estarse produciendo: el quietismo de la espera rentista comienza a ser sustituido por la urgencia.

Ahora bien, esta transformación ha sido interpretada desde el punto de vista de la dinámica económica. Se plantea, entonces, a la sociología la necesidad de una perspectiva analítica que incorpore la dimensión cultural.

En este sentido la noción de estrategias de sobrevivencia ofrece una posibilidad de integración conceptual, a partir de la cual puede ser estudiada la nueva situación. En estas notas ésta es abordada a través del análisis del Trabajo de los Menores en la calle, que habla de actores que se movilizan en procura de un ingreso que se agrega al obtenido por otros miembros de la familia; en un evidente abandono del comportamiento que hemos designado como Cultura de la Espera.

En la primera parte de este trabajo, nos referimos al carácter que asumió la relación entre el Estado y la Sociedad venezolana a partir de la asunción de un esquema de economía rentista. Se describe además, el comportamiento social que corresponde a esa relación.

En la segunda parte, se adelantan algunas consideraciones en torno a la recomposición social y el surgimiento de nuevos actores. Necesariamente aquí

*Sociólogo. Maestría en Sociología del Desarrollo.

Director del Centro de Investigaciones en Trabajo Social. Universidad del Zulia.

hay que hacer referencia a las repercusiones que estos cambios tienen en el comportamiento de los venezolanos.

Finalmente, para sustentar empíricamente la transición, se exponen los resultados de una investigación que al respecto se realizó en la ciudad de Maracaibo.

Las condiciones de la espera

En Venezuela hubo lugar a la formación de una hegemonía a partir de la constitución de un sistema Estatal de Acción Histórica (Machado de Acedo, 1981), en virtud del cual Estado se convierte en sujeto social dotado de un grado más elevado de intervención en el modelaje de la sociedad. En este contexto, tiene sentido la constitución de un modelo de acumulación cuyo actor fundamental es el Estado, dado el incremento de la capacidad fiscal y el consiguiente fortalecimiento institucional y la ampliación organizacional.

El Estado venezolano pasa (desde la década de '30) a ser un factor de acumulación en razón de los ingentes recursos financieros generados por la actividad petrolera. Al Estado se incorpora el componente rentístico, que teñirá al conjunto societal de manera determinante; dando lugar al nacimiento del capitalismo petrolero periférico y de subdesarrollo opulento (Briceño León, 1991).

Así pues, en Venezuela la hegemonía ha sido posible gracias a la estructuración de un discurso oficial sobre el orden, cuya responsabilidad principal no descansa en una clase dominante nítidamente surgida de la dinámica propia de la estructura social capitalista, partiendo de una acumulación originaria acorde con el modelo clásico.

En nuestro país, la burguesía, como clase dominante, de acuerdo a lo que indica el análisis objetivo, fue jalonada al escenario estatal por la acción de actores socio-políticos, que asumieron el proyecto modernizador como programa de lo nacional-popular, a partir del control del aparato del Estado en un contexto que la sociología ha definido como heterogeneidad-estructural; entendida como la yuxta y sobreposición de múltiples racionalidades, siendo dominante la capitalista.

Esta precisión conduce a la necesidad de definir el sistema político, aún más, a la sociedad venezolana, a partir de un Estado sui-géneris, convertido en factor primordial para la dinamización de la acumulación de capital; de allí

que las mediaciones de ese sistemas hayan sido orientadas por una red partidista que basa el funcionamiento del sistema en la relación clientelar.¹

Así, es perfectamente comprensible que los diversos actores acceden a la realidad social mediante la competencia por la renta petrolera. Este comportamiento rentístico (Briceño León, 1991) se erige sobre un entramado conductual-individual y colectivo- sesgado por la pasividad, por el inmovilismo, ante el eventual hecho, dado por seguro, de que se recibirá un ingreso como resultado de una relación minimizada trabajo-producto. De manera que el acceso a los bienes es posible a través de una situación privilegiada en la corriente estatal de distribución de la renta petrolera, sin que la posición de "clase en sí" del actor tenga mucha importancia. Este comportamiento, derivado de una relación de los actores con la red partidista clientelar que controla el sistema político y que aquí se conceptualiza como Cultura de la Espera², diluye las expectativas y exigencias de los grupos y clases sociales, liquidando la posibilidad de conflictos por la institucionalización de sus intereses. Los asomos de conflictualidad, por el contrario, han estado marcados por la manipulación de intereses, por la vía de un sistema de lealtades basado en el amiguismo, el compadrazgo y el compañerismo; en un andamiaje paralelo, superpuesto a la realidad institucional legal; en términos Weberianos, aquí se habla de relaciones patrimoniales.

En definitiva, la venezolana es una sociedad constituida desde el Estado, contraviniendo el proceso capitalista clásico, en el cual éste surge como un producto de aquella. Y ello explica la especificidad del comportamiento de los actores sociopolíticos.

La recomposición del Estado

La puesta en marcha (desde 1989) del programa neoliberal de ajuste estructural diseñado por el equipo gubernamental de Carlos Andrés Pérez, constituye una señal del comienzo del fin de un modelo de crecimiento económico

1 Sobre clientelismo ver: PANIZZA, Francisco. "El clientelismo en la Teoría Política Contemporánea", *Revista Desarrollo Económico*. Buenos Aires: Editorial Instituto de Desarrollo Económico y Social. No. 107, octubre-diciembre de 1987. "El tema del clientelismo-el intercambio de apoyo político por beneficios particularizados-(...) de ser considerado un fenómeno surgido espontáneamente "desde abajo" (se pasa) a su deliberada organización desde arriba; de una forma política pre-moderna a una práctica presente en los más diversos sistemas políticos.

2 Entenderemos como Cultura de la Espera al sistema de representaciones simbólicas y actitudinales de actores sociales orientados a conseguir un relativo bienestar, desdénando el esfuerzo productivo en el trabajo.

de ampliación y reproducción de la legitimidad, sustentado en la redistribución de la renta petrolera mediante un sistema partidista clientelar.

Como hemos dicho antes, en ese modelo las clases subalternas, de manera muy especial los sectores marginales, participan del consenso en forma pasiva; convirtiéndose, en consecuencia, en objeto de una política estatal dirigida a la administración de necesidades.

Las prácticas asistenciales del Estado venezolano empiezan a ser modificadas en el nuevo contexto. En un escenario dominado por el recambio neoliberal, esa función social del Estado empieza a ser minimizada, a través de su "reconversión". Esta podría estar operando a partir del cumplimiento de dos objetivos alternativos: la compensación de los efectos de la crisis, dando lugar al desarrollo de programas de ayuda a la pobreza, o la recomposición de las bases del consenso clientelar.

Ahora bien, en virtud de la peculiaridad del proceso de constitución del Estado venezolano, que se representa como sujeto del cambio social, se hace perfectamente comprensible que éste se convierta en el principal impulsor de la reforma económica planteada para América Latina por el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Privatización, liberalización, economía abierta o de libre mercado son términos, que más allá lo lexical, concuerdan con el proceso de internacionalización de la economía del país, con particular énfasis en el aspecto financiero. Se trata de una recomposición guiada por imperativos categóricos que ponen de relieve la eficiencia, la productividad y la competencia, aludiendo a una mercantilización extrema de las relaciones sociales, en los ámbitos privado y público. De modo que, el impacto ocasionado en la estructura social venezolana estaría referido a la profundización de la polarización clasista (dualización societal), en un escenario en el cual la intervención estatal, léase gasto social y política social, se haría mínima.

La nueva situación estaría produciendo dos tipos extremos de actores sociales. Uno que encaja perfectamente en una racionalidad predominante signada por el efficientismo y que desempeña roles ajustados a una dinámica definida en un horizonte de liderazgo, dada su especializada formación para el trabajo, próxima a sus pares de los centros desarrollados de la economía mundial. Su inserción laboral en sectores modernos de la economía (transnacionalizada) del país ofrece ventajas comparativas por su precio como fuerza de trabajo.

Asimismo, representa este actor un refuerzo de la hegemonía en tanto soporte y agente reproductor de un modo de vida simbolizado por el hedonismo como correlato del consumismo, pasando a ser la expresión cabal del sector formal de la economía y la sociedad.

El otro tipo de actor sería aquel colocado en el espacio informal, cuya condición de excluido es tal en tanto que fundamentalmente está lleno de carencias formativas. No obstante, aquí se ubica también el proletariado profesional incapacitado para incorporarse al sector moderno de la economía. Se trata de un grupo caracterizado por una socialización trunca y cuya participación en la competencia que el mercado de trabajo impone, se hace cada vez más difícil ante la pérdida de efectividad de las mediaciones partidistas-clientelares. La selección social prevaeciente en el sector formal de la economía, lo arroja al mundo del trabajo informal, calificado de improductivo, y desde donde se explican las estrategias de sobrevivencia, definidas como

"el conjunto de actividades desarrolladas por los sectores populares urbanos dirigidas a garantizar la reproducción biológica, material y social desde el plano doméstico en forma articulada con el plano colectivo". (Cariola y otros, 1989:6).

Estas estrategias constituyen, en una primera aproximación, la racionalidad a través de la cual se expresa el tránsito del comportamiento que aquí hemos definido como Cultura de la Espera hacia nuevos modos de integración marcados por la inmediatez. Así la Cultura de la Urgencia se conceptualiza como...

"el conjunto de estrategias destinadas a responder en lo inmediato a sus problemas más urgentes. (Estas)...estrategias, prácticas, modos de vida, códigos, lenguajes, etc., se encuentran en todas las actividades informales desarrolladas por los sectores populares urbanos".(Pedrazini y Sánchez, 1990:38).

El trabajo de los menores como expresión de la urgencia

Pretendiendo concretar a través del programa de ajustes económicos una recomposición basada en las ideas de la productividad, la eficiencia y la competencia, se propicia, por la vía de una mayor concentración del ingreso, una profundización de la polarización clasista. En uno de los extremos, el eje de la informalidad, quedan ubicados aquellos actores cuya incorporación al sector moderno de la economía está negada en virtud de su carencias formativas. Esto, justo con la pérdida de la efectividad de los mecanismos partidistas-clientelares, actúa como resorte impulsor de tales actores en la superación de la Conducta de la Espera, puesto que, aprovechando la inexistencia de barreras de entrada en el sector informal, tratan de hallarle salida a su urgencia.

El trabajo de los menores, como fenómeno social y, en consecuencia colectivo, se ubica en este ámbito socio-económico y cultural en el cual se configuran actores que desarrollan prácticas definidas como estrategias de sobrevivencia. La familia constituye la plataforma desde la cual se orientan estas estrategias.

Una actividad muy diversa y de alta concentración espacial

Las actividades desempeñadas por los menores de la muestra estudiada, están caracterizadas por la diversidad; reproduciendo un rasgo definitorio del sector informal urbano. Estas, sin embargo, pueden ser agrupadas en dos categorías: comercio al menudeo y servicios personales.

En la primera, se incluye al pregonero, vendedor de cigarrillos, vendedor de frutas, vendedor de ropa, vendedor de bolsas plásticas y vendedor ambulante de refrescos y "fritangas". En la segunda, al empacador de supermercados, colector en microbuses o busetas, limpiabotas, carretilleros, y cuidadores de vehículos. El primer grupo constituye el 69,9% y el segundo el 30,1%.

Así, siendo que lo principal es su vinculación con el comercio al menudeo, el espacio por excelencia que se ve ocupado por estos menores es el de la zona de comercio tradicional-popular del Area Metropolitana de Maracaibo, en la cual la mayoría de la población de la ciudad realiza sus compras. Sucede que este espacio, además de estar localizado en el tipo de comercio formal, es también el ámbito de operación del comercio informal, el cual está integrado, con gran peso visual, por mujeres indígenas que venden, en las aceras, mercancía de contrabando procedente de Maicao (Colombia).

Pero más aún interesa destacar que los principales dinamizadores de bienes de consumo masivo no durables, no son ciertos lugares "elegantes" ubicados en las avenidas en las cuales se da cita la clase media alta, de donde por la propia naturaleza de los negocios, los menores trabajadores son excluidos y donde sólo hay lugar para empacadores y cuidadores de carros. Más bien, el papel fundamental en la distribución de dichos bienes le corresponde al centro tradicional-popular, constituido por las áreas adyacentes a los locales comerciales ubicados en sitios como "La Redoma", Av Libertador, "Callejón de los Pobres", "Vista Lago", Cementerio "El Cuadrado", el Terminal de Pasajeros y "Las Playitas", zona a la cual, genéricamente, la población popular marabina conoce como "Las Pulgas".

En "Las Pulgas" se ubica el 80% de la muestra sometida a estudio, evidenciándose el alto nivel de concentración; que constituye otro rasgo definitorio del sector informal urbano (amontonamiento, según Márquez y

Portela, 1991). Fenómeno que dé cuenta de una "des-regulación" gubernamental de la actividad; apareciendo que la única actividad sometida a reglamentación es la de los carretilleros a los cuales el INAM carnetiza.

Un trabajo para Varones Menores de 15 Años

La asignación diferencial de tareas o la división sexual del trabajo se expresa también en la actividad de los menores; así, en este caso se obtiene que el 90% de la muestra está constituida por individuos del sexo masculino. Cuestión que puede ser interpretada como una reproducción del esquema de la sociedad tradicional, afincada en la asignación de los papeles hogareños para las hembras, y la calle para los varones. Entonces, a partir de este dato, en este trabajo se recupera como aporte conceptual la precisión de que en la estrategia de sobrevivencia hay un reparto de papeles entre los menores, quedando la percepción de ingresos a cargo de los muchachos y en virtud de la reorganización doméstica que supone el desarrollo de la estrategia, las muchachas pasan a ser responsables de la preparación de alimentos, cuidado de los otros niños, limpieza de la vivienda, etc.

En relación al problema de la racionalidad, podría derivarse una coexistencia de valores de lo tradicional y lo moderno, que da cuenta un a nivel microsociedad de la categoría heterogeneidad estructural.

Asimismo, mediante el estudio empírico se evidencia que el 48% de los menores trabajadores que constituyen la muestra, se ubican en edades comprendidas entre 13 y 15 años; si se agrega un 18% y un 3,9% que están en grupos de edades de 10 a 12 años y 7 a 9 años, respectivamente, se tendría que el 69,9% son menores de 15. Lo cual echa por tierra apreciaciones de los funcionarios gubernamentales que aseguran que la mayoría de los menores en situación laboral del sector informal, se encuentra por encima de los 15 años, situados en el umbral de un completo desarrollo psico-biológico; siendo al contrario, pues casi el 70% está por debajo de dicha edad.

El cuadro descrito habla de la urgencia en la que están envueltas las familias a las cuales pertenecen estos menores, ya que no se trata sólo de incorporar a la búsqueda de ingreso a los muchachos de mayor edad; sino que, en virtud de la precariedad de sus condiciones, se ven obligadas a movilizar a todos sus integrantes, con excepción de lactantes y ancianos.

Una actividad iniciada precozmente

El análisis de la muestra revela que un 46,5% de los menores comenzó a trabajar cuando se hallaban en edades comprendidas entre 9 y 12 años; un

segundo grupo está constituido por los menores que se iniciaron en edades entre 13 y 16 años, correspondiendo a un 31,8%; un tercer grupo, compuesto por el 16,3%, ingresó con edades entre 5 y 8 años y un cuarto grupo (5,4%) cuando no había alcanzado los 4 años de edad. Todo lo cual se expresa en un marco del cual se desprende que el 68,2% se incorporó cuando aún no había cumplido los 13 años.

Estos menores, vistos en la obligación de dedicarse a temprana edad a buscar un sustento, quedan obviamente, fuera del sistema de escolarización formal.

De allí que se infiera que la fuerza del trabajo minoril se recluta, fundamentalmente, de los agregados de la población escolar que la estadística oficial denomina escolares desertores y población escolar no atendida.

‘ Pero también, este asunto pone de bulto, con toda su fuerza, otro de los rasgos definitorios del sector informal urbano, en el caso de la categoría más depauperada, que no reclama una formación de destrezas y calificaciones específicas y exigentes para el trabajo, siendo que no existen barreras para la entrada en las actividades realizadas. De hecho, no importa la corta edad, ni la precocidad.

Una jornada intensiva y de escasa productividad

La evaluación de la intensidad de la urgencia en la percepción del ingreso remite al análisis del número de horas laboradas, y de las horas en que éstos inician y culminan su faena .

El estudio revela que la mayor proporción corresponde a los menores que dedican 7 y 9 horas (41%); cuadro que se completa si agrupamos los 2 últimos intervalos (los que trabajan más de 7 horas), cuya sumatoria alcanza un 63%.

Aquí es pertinente manejar la información en torno a las horas de inicio y de culminación de la jornada. Al respecto, se obtuvo que el 71% de los menores comienzan su actividad a muy tempranas horas (entre 6 y 8 am.), tal vez para cumplirla dejando lugar para la asistencia a la escuela en el turno de la tarde.

Pero, éste es solamente un aspecto del asunto, lo otro tiene que ver con el reconocimiento de que, como casi todas en el plano informal, son actividades intensivas de trabajo. Lo que implica que los menores deban dedicar una actividad considerable de horas; desde las primeras de la mañana, algunos, hasta la noche otros.

Indudablemente que la explicación reside en la naturaleza de las propias actividades por excelencia improductivas.

Un ingreso para la sobrevivencia cotidiana

El conocimiento de la frecuencia con que se obtiene el ingreso, es decir, la modalidad temporal como éste se logra, de su monto diario, del tipo de pago y de la existencia de un ingreso complementario, es un asunto importante, pues puede evidenciarse por su intermedio, la intensidad de la urgencia que provoca de la incorporación del menor al trabajo.

Al respecto, debe reseñarse que la casi totalidad de los menores (87%) son perceptores de un ingreso diario, con una mínima incidencia del pago en especie; lo cual es completamente comprensible en el cuadro del desarrollo de una estrategia de sobrevivencia de la familia dirigida a la captación de ingresos complementarios, que enmarca la actividad del menor y de los otros miembros del grupo familiar en la percepción urgente de ingresos para un consumo que es diario, porque está orientado a una precaria alimentación y a compra de bienes no durables. Esto da cuenta de la interiorización de la dimensión temporal de un "presente continuo", que es cuando no hay mañana. El ingreso promedio es de 150 Bs diarios. Si se toma en cuenta que al salario mínimo para 1990, fecha en que la información fue recogida, era de 220 Bs diarios, se tendrá que el promedio de ingreso de los menores representa el 68,2% de éste. Hay que señalar que éste constituye un ingreso familiar complementario, como se desprende de la opinión en los encuestados, quienes señalan (61%) que entregan el dinero a la madre.

Es interesante destacar que, además, el 10,8% de los menores aseguró desempeñarse en una actividad adicional, alcanzando dos de cada 5 de ellos ingresos de 91 a 120 Bs diarios. Pese a constituir éstos la minoría, el dato puede ser útil para el análisis, si a este ingreso promedio se agrega el de la actividad principal, se alcanzaría un valor de 225,50 Bs diarios; de lo cual podría inferirse que algunos de los muchachos (pocos, por cierto) aportarían al ingreso familiar el equivalente a un salario mínimo.

Un ingreso que se gasta en alimentos

Los especialistas en la materia han aceptado la orientación al gasto como un indicador fundamental de la profundidad de la pobreza; de modo que a medida que una porción superior del ingreso se destina al consumo de alimentos, ha de concluirse que es mayor el deterioro de la calidad de vida de la población. Así, ésta es para la investigadora María Helena Jaen, una importante señal de alerta, en tanto constituye, para 1989, en Venezuela el 70% de los gastos familiares totales. (Jaen, 1991: 74). De la misma manera, la Asociación Pro

Venezuela, al referirse al empobrecimiento general de la población, señala que "el gasto final en alimentos de los hogares se incrementó el 100% entre 1989 y 1991, porcentaje significativamente mayor que el aumento del gasto final en otros bienes y servicios". (El Nacional, 10- 11-91: D/13).

El estudio realizado revela que el 65% del ingreso de los menores está destinado a la comida y ropa, constituyéndose en la prueba empírica de que su actividad se realiza en el marco de una estrategia de sobrevivencia familiar dirigida a obtener una entrada mínima de dinero para sostener un consumo límite, expresado en la adquisición de alimentos y vestimenta.

Ahora bien, si se asume el ingreso de los menores como complementario, en tanto se agrega al percibido y aportado por los otros miembros de la familia, y se destaca el hecho de que se destina fundamentalmente al consumo alimentario, se tendrá una idea clara de que la urgencia en la búsqueda de ingresos tiene que ver con la necesidad de sobrevivencia, casi en términos biológicos. Dicho de otra manera, para los menores trabajadores y sus familias, el ingreso se iguala al consumo alimentario.

Conclusiones

El estudio empírico nos reveló un mundo donde miles de muchachos realizan actividades de (8 horas diarias) dirigidas a la sobrevivencia, que los sustraen de la escuela, y los privan del afecto de los padres. Menores sin posibilidades de lograr atención para su salud, que habitan en el mayor hacinamiento y que realizan su trabajo en ambientes que favorecen la ocurrencia de maltratos físicos y mentales y la comisión de delitos sexuales.

Las actividades de los menores en la calle, como estrategias de sobrevivencia, propenden no sólo a la consecución de un sustento, sino también, y de allí su dimensión macrosocial, a dinamizar y crear circuitos de socialización alternativos-marginales con predominancia de una cultura de pobres urbanos. En estas condiciones, su futura integración al sector moderno de la economía está vedada. Sin escolarización formal y sin calificación para el trabajo, los menores trabajadores funcionan como cuota inicial de un sector informal que, lejos de desaparecer, crece y que, requiriendo de su ampliación a largo plazo, necesita de los garantes de su reproducción biológica y cultural.

Esto en un marco de desestructuración estatal o desprendimiento que realiza el Estado de las funciones sociales, tales como la educación y la formación de la fuerza de trabajo, que no es prioritaria en términos masivos dadas las tendencias internacionales a la redefinición del perfil profesional de la mano de obra, en virtud de la revolución tecnológica (informática y cibernética). Entonces, si los menores trabajadores de la calle de hoy, serán los

adultos trabajadores de la calle en el futuro, sin más destrezas que las aportadas por la propia dinámica de las actividades que realizan ¿ Para qué el gasto en educación y preocuparse por cubrir una demanda que no es tal?.

De modo pues, que la satisfacción que expresan los menores por el trabajo callejero concuerda con un desmerecimiento de lo escolar. Así, masificada esta actitud, el Estado se desprende "sin conflicto" de una función social.

En definitiva, recambio neoliberal, desestructuración estatal, crecimiento del sector informal urbano y dualismo social son procesos concomitantes, a través de las cuales se concreta el paso de una sociedad sumida en la espera a otra agobiada por la urgencia.

Bibliografía

- 1.- BRICEÑO LEON, Roberto. **Los Efectos Perversos del Petróleo**. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. 1990.
- 2.- CARIOLA, Cecilia y otros. **Crisis, Sobrevivencia y Sector Informal**. Caracas: Editorial Nueva sociedad. 1989.
- 3.- JAEN, María Teresa. **Impacto de la crisis Socio-Económica Sobre la Población. Señales de Alerta**. Caracas: Fundación Cavendes 1991.
- 4.- MACHADO de ACEDO, Clemy; PLAZA, Elena y PACHECO, Emilio. **Estado y Grupos Económicos en Venezuela**. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas. 1981
- 5.- MARQUEZ, Gustavo y PORTELA, Carmen. (Compiladores). **Economía informal**. Caracas: Ediciones IESA. 1991.
- 6.- PEDRAZZINI, Ives y SANCHEZ, Magali. **Nuevas Legitimidades y Violencia en Caracas**. *Revista Nueva Sociedad*. No. 109. Caracas, 1990.